

CENTROAMERICANA

20

Cattedra di Lingua e Letterature Ispanoamericane

Università Cattolica del Sacro Cuore

2011



CENTROAMERICANA

Direttore

DANTE LIANO

Segreteria:

Simona Galbusera
Dipartimento di Scienze Linguistiche
e Letterature Straniere
Università Cattolica del Sacro Cuore
Via Necchi 9 – 20123 Milano
Italy
Tel. 0039 02 7234 2920
Fax 0039 02 7234 3667
E-mail: dip.linguestraniere@unicatt.it

La pubblicazione di questo volume ha ricevuto il contributo finanziario dell'Università Cattolica sulla base di una valutazione dei risultati della ricerca in essa espressa.

Comité Científico

Arturo Arias (University of Texas at Austin)
Dante Barrientos Tecún (Université de Provence)
Giuseppe Bellini (Università degli Studi di Milano)
Beatriz Cortez (California State University – Northridge)
Dante Liano (Università Cattolica del Sacro Cuore)
Werner Mackenbach (Universität Potsdam)
Marie-Louise Ollé (Université Toulouse II)
Alexandra Ortiz-Wallner (Freie Universität Berlin)
Emilia Perassi (Università degli Studi di Milano)
Silvana Serafin (Università degli Studi di Udine)
José Carlos Rovira Soler (Universidad de Alicante)
Michèle Soriano (Université Toulouse II)

Dei giudizi espressi sono responsabili gli autori degli articoli.

Sito internet della rivista: www.educatt.it/libri/centroamericana

© 2011 **EDUCatt** - Ente per il Diritto allo Studio Universitario dell'Università Cattolica
Largo Gemelli 1, 20123 Milano - tel. 02.7234.22.35 - fax 02.80.53.215
e-mail: editoriale.dsu@educatt.it (produzione); librario.dsu@educatt.it (distribuzione)
web: www.educatt.it/libri
ISBN: 978-88-8311-848-7

LA PERSISTENCIA DE LA MEMORIA GUATEMALTECA EN LAS NOVELAS «INSENSATEZ» Y «EL MATERIAL HUMANO»

TERESA FALLAS ARIAS
(Universidad de Costa Rica)

El poder –como dice Borges– actúa siempre siguiendo su propia lógica. La única crítica posible de este poder es quizá la Historia; pero como la Historia se escribe desde el presente y así lo incluye, no es probable que pueda hacerse una crítica imparcial¹.

*Describir nuevas variedades del mal y del bien –he aquí la magna tarea del escritor– (...)
Describir nuevas variedades... ¿Y si las nuevas variedades llegaran a obliterar las viejas ideas del mal y del bien –de lo que pueden llegar a ser en la subjetividad de cada uno, lo uno y lo otro?²*

Durante la última década del siglo XX y la primera del XXI ha sido frecuente la puesta en escena de diferentes políticas y estéticas para rescatar la memoria de los desaparecidos en América Latina³. En este período se han creado

¹ R. REY ROSA, *El material humano*, Anagrama, Barcelona 2009, p. 55.

² Así recrea y cuestiona Rey Rosa una cita del ensayo “Contra la poesía” del escritor polaco Adam Zagajewsky (REY ROSA, *El material humano*, p. 84).

³ Las reflexiones sobre la recuperación de la memoria de crímenes cometidos contra grandes contingentes de la humanidad, en diferentes tiempos, países y continentes, vienen dándose, especialmente, a partir de la segunda mitad del siglo XX. Las impugnaciones a los gobiernos genocidas o a los que, décadas más tarde, promovieron el olvido, derivan de distintos grupos como escritores, defensores de los derechos humanos, académicos y familiares de los desaparecidos. Los cuestionamientos a los criminales de lesa humanidad surgieron con el

distintos grupos con el objetivo de denunciar las atrocidades cometidas por el terrorismo de estado, impugnar las amnistías otorgadas a los tiranos y rechazar las amnesias histórico-políticas mediante marchas, comisiones, parques, museos, monumentos, montajes fotográficos, instalaciones y narrativas que poseen un carácter eminentemente político por el potencial simbólico, transformador y contrahegemónico de sus acciones⁴. Con la recuperación de la memoria pública de las atrocidades perpetradas por los dictadores, se desenmascara la complicidad de los gobiernos promotores de indultos y olvidos y se interpela a las autoridades con evidencias extraídas de archivos, bases de datos, expedientes y testimonios de los sobrevivientes.

Inscritas en las narrativas que aparecen aquí y allá en un intento por recuperar la memoria en los países donde los tiranos cometieron todo tipo de tropelías, emergen las novelas *Insensatez*, del escritor salvadoreño Horacio Castellanos Moya y *El material humano*, del novelista guatemalteco Rodrigo Rey Rosa⁵. Con estas poéticas de la memoria ambos escritores renuevan el debate de las masacres ocurridas en tiempos de guerra en Guatemala y recrean una nueva manera de testimoniar el horror-dolor de los sobrevivientes, premisa con la que exploro las novelas en las cuales la memoria no se negocia y el olvido no se silencia, pese a los intereses y fuerzas que se activan desde los círculos del poder; un poder que detona de mil y una maneras, como lo prueban los acosos, ficticios o verdaderos, que experimentan los personajes-escritores de las obras, en un país donde, aún hoy, impera la cultura de la violencia.

holocausto judío en el que Auschwitz se erige como la marca permanente en la historia, según lo declara Günter Grass (Cf. G. GRASS, *Escribir después de Auschwitz*, Paidós, Barcelona 1999).

⁴ L. ARFUCH (comp.), *Identidades, sujetos y subjetividades*, Prometeo Libros, Buenos Aires 2005, p. 42. Argentina, Chile, Uruguay, Brasil y Guatemala han creado Comisiones de la Verdad para reconstruir la memoria de los muertos, desaparecidos, presos, torturados y exiliados en un intento por terminar con la cultura de la impunidad y enfrentar el fantasma de un pasado ignominioso, debido a las dictaduras que asolaron estos países.

⁵ H. CASTELLANOS MOYA, *Insensatez* (2004), Tusquets, Barcelona 2005; R. REY ROSA, *El material humano*, Anagrama, Barcelona 2009.

Para enfocar el análisis de estas novelas recurro a la escritura rizomática o nomádica, noción planteada por Deleuze y Guattari⁶, una escritura que no tiene principio ni fin, es “desmontable, conectable, alterable, modificable, con múltiples entradas y salidas, con sus líneas de fuga”⁷. Todos estos rasgos de la escritura rizomática se vislumbran en *El material humano*, obra donde Rey Rosa desquicia las clasificaciones genérico-literarias debido a que, registrada como novela, adquiere visos de investigación para convertirse, de seguido, en el diario personal del escritor-investigador.

La novela de Rey Rosa es un “libro-máquina de guerra frente al libro-aparato de Estado”⁸ donde se delata el terrorismo de estado; una especie de herencia-destino de la sociedad guatemalteca que se prolonga y proyecta hasta hoy, en los “escuadrones de la muerte integrados por policías de alta y sicarios profesionales contratados para asesinar delincuentes”⁹. Estos destacamentos, organizados por las altas esferas del poder contra la delincuencia en Guatemala, están vigentes porque “el miedo de los ciudadanos termina por concederle cierta legitimidad a esta variación de terrorismo de Estado”¹⁰.

Por las líneas de fuga de la escritura rizomática parece deambular, también, Castellanos Moya cuando teje la trama de *Insensatez*, una novela en abierto diálogo con *El material humano*. Esta “alianza” novelística transgrede el tiempo y el espacio y “conserva una potencia peligrosa y contagiosa”¹¹ debido a que el mapa de la escritura nomádica “es abierto, conectable en todas sus dimensiones, desmontable, alterable, susceptible de recibir constantemente modificaciones. Puede ser roto, alterado, adaptarse a distintos montajes, iniciado por un individuo, un grupo, una formación social”¹².

⁶ G. DELEUZE - F. GUATTARI, *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Pre-Textos, Valencia 2002. Tres años después Deleuze y Guattari publicaron con el título *Rizoma* la introducción del primer libro (Pre-Textos, Valencia 2005).

⁷ G. DELEUZE - F. GUATTARI, *Rizoma*, Pre-Textos, Valencia 2005, p. 49.

⁸ *Ibi*, p. 22.

⁹ REY ROSA, *El material humano*, p. 88.

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ DELEUZE - GUATTARI, *Rizoma*, p. 253.

¹² *Ibi*, p. 29.

Relacionada con la escritura rizomática se encuentra la ‘literatura menor’, un concepto examinado, asimismo, por Deleuze y Guattari¹³ y usado por la institución canónica para catalogar y deslegitimar géneros literarios como cartas y diarios personales, modalidades de escritura a las que recurre Rey Rosa en *El material humano* cuando investiga en los Archivos de la Policía Guatemalteca. Otro tanto hace Castellanos Moya al escribir *Insensatez*, a partir de las frases de los sobrevivientes indígenas. Presuntamente registradas en el informe elaborado por el arzobispado guatemalteco, estas frases logran erosionar el lenguaje considerado mayoritario, pues en la novela el escritor adopta peculiaridades de la ‘literatura menor’ al exhumar las lenguas mayas; unas lenguas que socavan el lenguaje desde dentro desterritorializando y desintegrando la supuesta homogeneidad del sistema por cuanto, al ser narradas, adquieren mecanismos colectivos de enunciación y proyección política en la sociedad.

Humanizar al otro

La historia no la leemos, la releemos siempre (...). En el Archivo yo veía un lugar donde las historias de los muertos estaban en el aire como filamentos de un plasma extraño, un lugar donde podían entrecruzarse “espectaculares máquinas de terror”, como tramoyas que habían estado ocultas¹⁴.

Humanizar el “material humano”, como clasificó el personaje creador y encargado del Gabinete de Identificación Benedicto Tun a prisioneros y muertos dentro del engranaje policial guatemalteco, parece ser el objetivo de Rey Rosa al escribir la novela. Si la intención inicial para investigar en el Archivo de la Policía era, según el escritor, “conocer los casos de intelectuales y artistas que fueron objeto de investigación policíaca –o que colaboraron con la

¹³ G. DELEUZE – F. GUATTARI, *Kafka por una literatura menor*, Ediciones Era, México 1998.

¹⁴ R. REY ROSA, *El material humano*, Anagrama, Barcelona 2009, pp. 83-84. Todas las citas se refieren a esta edición y desde ahora, para simplificar, pondremos solamente el número de página entre paréntesis.

policía como informantes o delatores– durante el siglo XX” (12), pronto el proyecto se transforma, ante el hallazgo de numerosas fichas de prisioneros, desaparecidos y asesinados, en el Archivo del Gabinete de Identificación (75)¹⁵.

La modificación del plan original no implicó que Rey Rosa dejara de lado a los intelectuales y artistas que se resistieron al poder o a quienes colaboraron con el sistema represivo. Así se vislumbra cuando pone en escena fragmentos del debate efectuado entre estudiosos guatemaltecos, durante las primeras décadas del siglo XX; una polémica dividida en la cual mientras algunos favorecieron la inclusión de los indígenas como ciudadanos con plenos derechos, otros fueron seducidos “por la idea de una ‘nación eugenésica’ y el absurdo proyecto de ‘importar sangre europea para mejorar la raza’ que propugna Miguel Ángel Asturias”¹⁶.

El escritor se vale de tal segmento para recalcar el racismo de Asturias y denunciar su compadrazgo con el poder político-eclesiástico¹⁷. Indignado por los enfoques racializados lo desenmascara al revelar que “el futuro premio nobel escribía: En rigor de verdad, el indio psíquicamente reúne signos indudables de degeneración; es fanático, toxicómano y cruel (...) Hágase con el indio lo que con otras especies animales, como el ganado vacuno, cuando presentan signos de degeneración” (114). Estas opiniones de Asturias dejan al descubierto que bien pudo ser colaborador de la policía guatemalteca¹⁸.

¹⁵ Esta cita, con el cambio de tiempo verbal, es repetida en la novela *El material humano* cuando Rey Rosa expresa: “mi intención original al solicitar acceso al Archivo había sido investigar los casos de artistas e intelectuales perseguidos, o reclutados, por la policía” (83).

¹⁶ Sobre los debates entre los intelectuales guatemaltecos véase M.E. CASAÚS – T. GARCÍA, *Las redes intelectuales centroamericanas: un siglo de imaginarios nacionales (1820-1920)*, F&G Editores, Guatemala 2005.

¹⁷ El hijo mayor de Asturias fue bautizado por monseñor Rossell y Arellano y apadrinado por Idígoras Fuentes (REY ROSA, *El material humano*, p. 146).

¹⁸ Es probable que la posición de Asturias sobre los indígenas hiciera que Rey Rosa donara el dinero del Premio Nacional de Literatura Miguel Ángel Asturias, galardón que se le otorgó en el 2004, a una ONG que creó el Premio de Literatura Indígena B’atz.

Como parte de las estéticas puestas en escena para rescatar la memoria de los masacrados y no dejar en la impunidad los delitos, Rey Rosa recrea numerosas estadísticas con los muertos y desaparecidos por las tiranías, en algunos países latinoamericanos. El balance comparativo le permite evidenciar la brutalidad de los dictadores guatemaltecos, frente a los tiranos de otras nacionalidades:

Dictadura brasileña: 185 desaparecidos por terror de Estado en veinte años.

Dictadura argentina: 30.000 desaparecidos en diez años.

Dictadura guatemalteca: 45.000 desaparecidos (y 150.000 ejecuciones) en treinta y seis años (45).

Junto a las cifras de desapariciones y ejecuciones extrajudiciales, Rey Rosa reconoce la actuación de las comisiones de verdad en Guatemala que intentan rescatar la memoria y condenar las amnistías otorgadas a los criminales. En ese sentido destaca entidades como REMHI (Recuperación de la memoria Histórica de la Iglesia Católica Guatemalteca), la CEH (Comisión para el Esclarecimiento Histórico de las Naciones Unidas) (45) y el denominado Madres Angustiadas. Además el escritor denuncia que “sesenta y cuatro defensores de los derechos humanos han sido asesinados en Guatemala en los últimos cinco años” (103), debido a su lucha contra la impunidad en ese país.

Si en un primer momento Rey Rosa llena las páginas del diario-novela con fichas del Archivo de la Policía Guatemalteca, ordenadas alfabéticamente, pronto desiste de este método para inundar las cuartillas, sin orden ni concierto, como si se hubiera percatado de la dificultad de clasificar la descomunal cifra de prisioneros y asesinados políticos, después de décadas de represión, torturas y genocidios. Tal parece que reconoce su impotencia para registrar a los desaparecidos o darles un rostro conocido, como se vislumbra en el retrato-portada de la novela: una fotografía de un hombre al que le han destrozado los ojos y la boca y le han emborronado sus datos personales; una imagen mutilada en la que Rey Rosa encarna el silencio de las víctimas, mutismo que decide romper con la novela *El material humano*.

En sus intentos por rescatar la memoria e impugnar el olvido, Rey Rosa descubre que los culpables de las iniquidades sufridas por la población

guatemalteca son múltiples, pues no establece diferencias entre las arbitrariedades cometidas por las dictaduras o durante el gobierno revolucionario de Arévalo-Arbenz, regímenes en los cuales el personaje Benedicto Tun, hilo conductor de la trama de *El material humano* y creador del Gabinete de Identificación, conservó su empleo en el Archivo.

Tampoco hace ningún tipo de concesiones a la guerrilla que, de ser urbana y con focos insurgentes en áreas despobladas, cambió el escenario de combate a las zonas indígenas sin que los dirigentes deliberaran sobre la inclusión de estas comunidades en la lucha, pese a que “era natural pensar en el posible riesgo de una reacción del Gobierno que decidiera el exterminio de amplios sectores de la población indígena” (46). Si bien Rey Rosa critica el nuevo emplazamiento de la lucha guerrillera y cuestiona la estrategia de incorporar a la insurgencia a poblaciones analfabetas y desconocedoras de la ideología marxista, sus impugnaciones no encuentran eco. Así se percibe cuando el doctor Novales, estudioso del terrorismo de estado, “calificó mi pregunta de “sumamente antipática”. Otro de los cursillistas agregó que mi pregunta parecía paternalista, que él había conocido indígenas que sí querían pelear” (47). Con las respuestas evasivas, carentes de argumentación y condicionadas ideológicamente de Novales, Rey Rosa delata la negligencia de los dirigentes guerrilleros quienes optaron por “olvidar” sus decisiones, actuando de manera similar a los regímenes dictatoriales.

Sin condescender con ninguno de los implicados Rey Rosa desenmascara en su novela las iniquidades perpetradas por las dictaduras, al mismo tiempo que revela acciones condenables de la guerrilla, como las ejecuciones de algunos miembros acusados de traición. No obstante en el reparto de inculpaciones descubre una vasta diferencia porcentual pues, mientras el “ejército guatemalteco –según informes como el REMHI y el de la CEH– fue responsable de aproximadamente el noventa y cinco por ciento de las muertes y desapariciones forzadas; la guerrilla de menos de un cinco por ciento” (45).

Ante la indiferencia y el olvido Rey Rosa escribe *El material humano*, una especie de enjambre textual que deja al descubierto las masacres, los secuestros y las desapariciones perpetradas por las tiranías guatemaltecas. No contento con revelar ese pasado histórico ignominioso, desenmascara la cultura de la violencia que vive Guatemala, como lo prueba la impunidad con la que

actuaron los policías asesinos de los diputados salvadoreños; criminales ajusticiados por sus propios jefes que huyeron de la justicia sin dejar ningún rastro.

Asimismo critica que no se investigara ni castigara a los ejecutores de las operaciones de “limpieza social”, acciones perpetradas por la Policía Nacional Civil, según lo señalara públicamente, “el relator de Derechos Humanos de las Naciones Unidas” (101). Unas campañas asesinas que solo en el año 2006 registraron “cinco mil quinientas treinta y tres muertes violentas en territorio guatemalteco, de las cuales sólo un cinco por ciento aproximadamente fueron investigadas por las autoridades” (103).

Empeñado en delatar la historia oculta u “olvidada”, Rey Rosa emplea múltiples intertextos provenientes de noticias de periódicos en los cuales se palpa la violencia que impera en Guatemala. También recurre a numerosas citas donde filósofos y escritores reflexionan sobre el poder y la violencia, entre las cuales sobresalen frases de Borges, reproducidas en el diario escrito por Bioy Casares. Además se vale de un conjunto de memorias existentes en la sociedad y en su propia familia al utilizar el diario personal de su madre, texto redactado durante los seis meses que estuvo en cautiverio.

El secuestro materno se constituye en uno de los hilos conductores de *El material humano*, libro dedicado por Rey Rosa a su madre Marta García Salas, víctima que no quiso o no pudo dilucidar en manos de quien estuvo cautiva y que, una vez liberada, optó por el olvido al mandar “a decir una misa de acción de gracias, durante la cual hizo público el deseo de que sus captores fueran perdonados por los poderes de este mundo ‘y los del otro’, y en el círculo familiar el aspecto criminal del caso se dio por olvidado” (91).

Este secuestro marcó a toda la familia. Así se constata cuando el escritor se acoge al exilio, destierro del que regresa, quince años después, para comprobar la inseguridad en la que viven los guatemaltecos y experimentar en sí mismo, mientras investiga en el Archivo de la Policía Guatemalteca, las amenazas, la persecución y el fantasma de la expatriación. El asedio se evidencia en los sueños-pesadillas, en las llamadas telefónicas de funerarias a horas absurdas y en las intimidaciones solapadas de algunos personajes, cuando el escritor compendia, en todo tipo de libretas, los datos de los cuales emerge la investigación-novela. Todos estos hechos, recopilados en archivos, fichas,

expedientes, cartas, diarios íntimos y noticias, hacen de esta novela una “especie de microcaos cuya relación podría servir de coda para la singular danza macabra de nuestro último siglo” (14).

Aunque en *El material humano* Rey Rosa intenta reunir las tragedias padecidas por la sociedad guatemalteca durante el siglo XX, se vuelve imposible desenmarañar la trama siniestra que la circunda. Así lo intuye la generación que apenas despunta; una generación heredera del terror-dolor, como se percibe en la interrupción abrupta de la novela con un diálogo padre-hija, en el cual la niña, con apenas cinco años, vislumbra la violencia que vive su país al sugerir:

—¿Sabés cómo podría terminar? —me dice.

Niego con la cabeza.

—Conmigo llorando, porque no encuentro en ninguna parte a mi papá — responde.

Me río sorprendido (179).

El desenlace de *El material humano* se relaciona con la cultura de la violencia, vigente en Guatemala durante el siglo XX; una sociedad en la que la muerte se volvió rutinaria y la insensibilidad parece haber ganado la partida¹⁹, desde el tiempo del general Jorge Ubico quien usaba el lema: “Fusílenlo, más tarde se averiguará” (52), sentencia distintiva de uno de los dictadores más sanguinarios del siglo XX e inspirador de otros tiranos que asolaron a ese país, en épocas posteriores²⁰.

Lo sucedido en Guatemala puede ser catalogado como “sadismo histórico o realismo sádico” (52), según las categorizaciones empleadas por Rey Rosa en *El material humano* al recrear nuevas categorizaciones para lo acontecido en ese país. Unas clasificaciones que no responden a ningún registro literario latinoamericano, como en su momento el realismo mágico o lo real maravilloso

¹⁹ I. DOBLES, *Memorias del dolor. Consideraciones acerca de las Comisiones de la Verdad en América Latina*, Arlekin, San José 2009, p. 83.

²⁰ El general Ubico gobernó Guatemala durante trece años. En 1944 fue derrocado por la revolución.

que le confirieron un espacio a nuestros novelistas en la literatura mundial, sino a la barbarie y al despotismo reinante, hasta el presente, en Guatemala.

«*Insensatez*»: el juego reiterativo de los testimonios indígenas

*Logré descifrar (...) un texto que decía que se borre el nombre de los muertos para que queden libres y ya no tengamos problemas, lo que ponía en evidencia que hasta algunos indígenas sobrevivientes no querían ya recuperar la memoria sino perpetuar el olvido*²¹

Si Rey Rosa se valió para escribir *El material humano* de numerosos intertextos compilados en varias libretas, mientras investigaba en el Archivo de la policía guatemalteca, un proceso similar experimentó Castellanos Moya, cuatro años antes, al escribir *Insensatez* a partir de algunas frases reveladas por los sobrevivientes indígenas en el Informe del Arzobispado. Entresacadas del documento *Guatemala memoria del silencio* y copiadas en una libreta, estas frases expresan el dolor de los testimoniantes ante las masacres ejecutadas por el ejército guatemalteco; un aparato militar represivo, criminal y sanguinario que se ensañó en el mudo del pueblo, al interpretar su silencio como un desafío²².

El despliegue de las frases testimoniales indígenas se evidencia desde la primera expresión textual: “Yo no estoy completo de la mente”. Esta frase con la cual se inicia la novela, se transforma y disemina conforme avanza la trama porque si en un primer momento representa el dolor del indígena al que le asesinaron su familia, en otro se refiere a la impresión de víctimas y victimarios, a la turbación general de la sociedad guatemalteca o a la conmoción

²¹ H. CASTELLANOS MOYA, *Insensatez* (2004), Tusquets, Barcelona 2005, p. 144. Todas las citas se refieren a esta edición y desde ahora, para simplificar, pondremos solamente el número de página entre paréntesis.

²² Ver el nombre del Informe preparado por el Proyecto de Recuperación de la Memoria Histórica (REHMI) y otros datos sobre algunas consecuencias, como el asesinato de monseñor Gerardi, en DOBLES, *Memorias del dolor*, pp. 244-245-246.

experimentada por el escritor-corrector-personaje quien, al involucrarse en la trama, concluye:

que sólo alguien fuera de sus cabales podía estar dispuesto a trasladarse a un país ajeno cuya población estaba incompleta de la mente para realizar una labor que consistía en editar un extenso informe de mil cien cuartillas en el que se documentaban las centenas de masacres, evidencia de la perturbación generalizada (14-15).

Aunque Castellanos Moya recrea las frases donde los indígenas testimonian los arrasamientos de sus aldeas, los asesinatos de sus familiares y las matanzas forzadas entre ellos mismos, con la finalidad de incriminar a los genocidas, también las recupera por la riqueza lingüístico-poética pues, según declara, le parecían

estupendas literariamente (...) y que con suerte podría utilizar posteriormente en algún tipo de collage literario, pero que sobre todo me sorprendían por el uso de la repetición y del adverbio (...) cuya musicalidad me dejó perplejo desde el primer momento, cuya calidad poética era demasiada como para no sospechar que procedía de un gran poeta y no de una anciana indígena que con ese verso finalizaba su desgarrador testimonio (43).

La riqueza poética de las frases testimoniales es reiterada, una y otra vez, a lo largo de la novela con la intención de rehabilitar las lenguas mayas, sin importarle que estuvieran traducidas y recopiladas por los catequistas que intervienen en la preparación del Informe Arzobispal. La reproducción de las frases condensadoras del horror vivido por los sobrevivientes guatemaltecos le permiten al escritor-corrector-personaje introducirse en el ámbito poético. De esa manera se abstrae del terror relatado por las víctimas, como sucede con la expresión: “Que siempre los sueños allí están todavía”; una frase

que había iluminado mi tarde de trabajo en el palacio arzobispal con su sonoridad, su estructura impecable abriéndose a la eternidad sin soltar el instante, con ese uso del adverbio que retorció el pescuezo del tiempo, la frase

dicha en su testimonio por una anciana indígena quien sabe de qué etnia (122).

Si bien el escritor salvadoreño plantea que “a nadie en su sano juicio le podría interesar ni escribir ni publicar ni leer otra novela más sobre indígenas asesinados” (74), reinventa el tema a través de la fuerza poética de las expresiones comparables, según él, a la poesía de Vallejo y de Quevedo.

Castellanos recupera la memoria guatemalteca pero no sólo la de “las masacres perpetradas al fragor del mal llamado conflicto armado entre el ejército y la guerrilla” (17), sino las del período de conquista, época en la que ocurrió un exterminio “dieciséis veces mayor que el holocausto judío”²³, un genocidio ejecutado por los antepasados de algunos personajes que, irónicamente en *Insensatez*, intentan restituir la memoria de los crímenes cometidos por las dictaduras guatemaltecas.

No es extraño por tanto, el sarcasmo de Castellanos Moya ante el empeño de la iglesia católica y los cooperantes españoles, por darles la palabra a los indígenas guatemaltecos, “olvidando” que sus ancestros aniquilaron a los aborígenes, durante la conquista y colonización de América, valiéndose del requerimiento, la encomienda y otros tantos títulos. De ahí la descalificación de las atribuciones que se arroga “la pérfida iglesia católica” (16), el jerarca eclesiástico con apariencia de un capo siciliano, propia de “los padrinos de la Cosa Nostra” (67) y los curas: “maricones, cuervos con sotana y de mirada perversa” (67).

Es sugerente observar que el escritor salvadoreño no establece diferencias entre las víctimas de siglos atrás y los desaparecidos durante el siglo XX y principios del XXI, como se aprecia en el lamento donde relaciona ambas aniquilaciones: “Quemaron nuestras casas, comieron nuestros animales, mataron nuestros niños, las mujeres, los hombres, ¡ay! ¡ay!” (31). Esta evocación le permite a Castellanos deslegitimar, satíricamente, a los “mal llamados veladores de los derechos humanos” (43), como el vasco Joseba, siquiatria que sembraba “a esos caballeros andantes que vinieron a conquistar a

²³ J. ORDÓÑEZ, “Humanismo occidental y humanismo indígena”, *Istmica*, 1994, 2, p. 58.

los indígenas de estas tierras (...) un sujeto con la más arquetípica pinta de conquistador español” (82).

El vasco deja traslucir una doble moral porque mientras actúa de manera entusiasta en su afán por rescatar la memoria de los indígenas, muestra una gran insensibilidad al sumergirse en el “pantanal de dolor del que cualquier persona en su sano juicio hubiera huido sin la menor dilación (...) a estudiar con dedicación los testimonios de centenares de víctimas traumatizadas por la orgía de sangre y pólvora” (81). El entusiasmo de Joseba, se debe, según Castellanos Moya, a la cantidad de dólares que cobra por elaborar el informe del arzobispado y la frialdad que muestra, ante los traumas de los sobrevivientes, a la relación con los etarras, grupo terrorista cuya táctica queda al descubierto: “ejecutar a las víctimas por la espalda con el certero tiro en la nuca (...) de aprovechar que son civiles desarmados y que están de espaldas para despacharlos sin que se percaten siquiera” (89).

Inmerso en la sátira, en la cual los españoles quedan maltrechos, Castellanos pone en escena a Pilar y a Fátima dos españolas veladoras de los derechos humanos, con nombres de vírgenes, que participan en la preparación del Informe del Arzobispado. Estas cooperantes trabajan en las zonas indígenas guatemaltecas procurando que los sobrevivientes superaran los traumas porque “la ausencia de cadáveres por razones siniestras impedía que la gente cumpliera el ritual del duelo, a consecuencia de lo cual sufría trastornos de toda índole” (47).

La relación establecida entre el personaje-corrector y estas mujeres, nexo que podría parecer banal por buscar únicamente la satisfacción sexual, adquiere visos burlescos hacia las hispanas por la mojigatería, la elasticidad moral, el mal olor que las caracteriza y la infección venérea de la que lo contagia: “la tal Fátima que con su coño pútrido me había desgraciado” (116). Este relato aparentemente frívolo le permite a Castellanos recrear el rancio puritanismo sexual heredado y referirse a las pestes propagadas por los conquistadores entre los indígenas. Desde esa perspectiva reivindica la limpieza de nuestros aborígenes al contrastarla con el olor expelido por Fátima: un “tufo que hizo trizas mis fosas nasales y me provocó la peor de las repugnancias” (97).

No contento con relatar el horror vivido durante dos épocas infames que, separadas por siglos, todavía pesan en la memoria colectiva guatemalteca, Castellanos alude a la guerra en El Salvador, un conflicto que trasciende cuando narra las persecuciones que continúan dándose en su patria y que él sufre en carne propia:

me había visto obligado a abandonar mi país por culpa de un artículo en el que sostuve que El Salvador era el primer país latinoamericano que contaba con un presidente africano, comentario calificado de “racista” (...) de ahí que un mes atrás me viera obligado a emigrar a este país vecino al mío (49).

El acoso, por parte de la inteligencia militar en Guatemala y El Salvador, lo experimenta el personaje de *Insensatez* cuando recrea el asedio, aparente o real, que sobrelleva mientras corrige el Informe y al referirse, de manera recurrente, al exilio que sobrelleva. La experiencia del destierro emerge al comentar que es un extranjero en tierra extraña o cuando ingiere ansiolíticos, debido al desasosiego y a la incertidumbre por ser un perseguido. La ansiedad por la expatriación se exagera al sumergirse en las frases testimoniales y cada vez que lo acomete el terror al pensar que, si la inteligencia militar decidiera eliminarlo, “nadie se haría cargo de mis restos (...) ni los pocos familiares que quedaban en mi país ni ninguno de mis conocidos en esta tierra ajena se harían cargo de mis huesos” (104).

Castellanos experimenta el acoso que sufren guatemaltecos y salvadoreños y vislumbra los tentáculos en las conspiraciones entre los partidarios y opositores del Informe Arzobispal. Sólo así se explica la confabulación entre el asesor arzobispal, un oficial de alto rango que “no podía ser otro que el general Octavio Pérez Mena, el torturador (...) y masacrador de indígenas” (128), y “Johnny Silverman, un judío neoyorquino que formaba parte del equipo de antropólogos forenses que trabajaba con el Arzobispado, excavando en los diferentes sitios donde se habían registrado masacres para recuperar las osamentas de las víctimas, con el propósito de reconfirmar los testimonios” (119).

Silverman, judío que conjuga en su apellido hombre y plata, vive en un opulento barrio guatemalteco, efectúa espléndidas fiestas en su lujosa

residencia y proviene de “una acaudalada familia judía neoyorquina, con penthouse en Manhattan y muchas otras posesiones” (121). Estos desplantes ostentosos son inconcebibles, según Castellanos, en una sociedad en la que se asombran del recibimiento de Rigobertha Menchú en foros internacionales: “una indígena a la que ninguna de las familias blancas y mal llamadas respetables del país (...) hubiera recibido por la puerta de la cocina como no fuera para que entregara las tortillas” (90).

Develada la conspiración en la que el ejército está involucrado no queda otra alternativa que escapar de sus garras. Eso es lo que hace el personaje-corrector de *Insensatez* quien huye a Alemania para descubrir allí, que no puede desvincularse de las masacres y genocidios del pueblo guatemalteco porque no puede alejarse del general conspirador o su fantasma, un espectro que reaparece cada vez que evoca las desgarradoras frases emitidas por los sobrevivientes indígenas; expresiones que trascienden en *Insensatez*, para denunciar la violencia sobre las etnias guatemaltecas y que el escritor deja en el aire para que sigan re-produciéndose en los puntos de fuga de la escritura rizomática.

En el umbral

Una cultura que no quiere caer en la amnesia, una cultura que no quiere perder del todo la memoria que ha marcado su vida, ha de poseer siempre, entonces, una especie de cultura narrativa²⁴.

Si los que recuerdan son las víctimas, y éstas no están en posibilidades de testimoniar, se hace necesario que otros “recuerden”²⁵.

Distanciados de las lógicas homogeneizantes del estado guatemalteco, Horacio Castellanos Moya y Rodrigo Rey Rosa renuevan en *Insensatez* y *El material*

²⁴ J.B. METZ – E. WIESEL, *Esperar a pesar de todo*, Trotta, Madrid 1996, p. 49, citados por DOBLES, *Memorias del dolor*, p. 73.

²⁵ M.T. DE LA GARZA, *Política de la memoria. Una mirada sobre Occidente desde el margen*, Anthropos, México 2002, p. 15.

humano, el debate de las masacres ocurridas en Guatemala al apostar por nuevas vías narrativas en las cuales recuperan una memoria y una historia fracturada por tales atrocidades. Con sus novelas desafían la cultura de la impunidad y el olvido al evocar y rescatar discusiones dejadas al margen, en un intento por reescribir la historia guatemalteca. Castellanos sumergido en el Informe del Arzobispado que le costó la vida a monseñor Gerardi, Rey Rosa inmerso en los Archivos de la Policía; los dos novelistas logran desempolvar las memorias de las víctimas del terrorismo de estado en Guatemala.

En sus novelas condenan las políticas gubernamentales guatemaltecas empeñadas en promover el olvido y otorgar amnistías a los criminales, encubiertas bajo consignas nacionalistas y patrioteras. Uno y otro rescatan, en una especie de alianza o pacto, la memoria de los genocidios cometidos por el aparato represor guatemalteco. Recobran esa memoria fragmentada y discontinua valiéndose de todo tipo de textos, como citas literarias, periodísticas, datos de archivos, bases de datos, cartas, correos, diarios y frases testimoniales de los sobrevivientes con lo cual renuevan el extenso relato que, desde hace algunas décadas, han venido reescribiendo distintos escritores centroamericanos opuestos a la lógica de dominación estatal, sobre los asesinados y desaparecidos en Guatemala.

La experiencia estético-narrativa de Rey Rosa y Castellanos Moya se configura como una obsesión memorial que los convoca, de un modo peculiar, a una narrativa de resistencia en la que no hay fronteras entre lo real y lo ficticio, entre lo público y lo íntimo, porque el remolino de la violencia los envuelve cada vez que reviven experiencias personales traumáticas, como las amenazas, el asedio o el exilio.

Estos escritores recrean una nueva manera de testimoniar el horror y el dolor de los sobrevivientes de las masacres. Uno y otro redescubren nuevas estrategias con las cuales ponen en escena los crímenes y señalan a los victimarios, ante la ausencia de compromiso político de los gobiernos guatemaltecos para esclarecer y castigar los genocidios. En sus novelas acusan al gobierno guatemalteco de la violencia y la represión en una sociedad que, aún hoy, no se reconoce multiétnica, pluricultural y multilingüe.



€ 8,00

EDUCatt
Ente per il Diritto allo Studio Universitario dell'Università Cattolica
Largo Gemelli 1, 20123 Milano - tel. 02.7234.22.35 - fax 02.80.53.215
e-mail: editoriale.dsu@educatt.it (produzione); librario.dsu@educatt.it (distribuzione)
web: www.educatt.it/libri
ISBN: 978-88-8311-848-7

ISSN: 2035-1496